

MANOS DE SEDA CURTIDA

-¿Te tiro mucho, cariño?

-No mami. Sigue, por favor.

Sentada frente al espejo, las púas del cepillo moldean suavemente los cabellos de la niña, que disfruta de la compañía y los cuidados de la mujer. Mientras transcurre el ciclo monótono y maravilloso del acicalamiento, la niña le va relatando sus peripecias en el cole, sus travesuras en el recreo y le señala varias heridas de guerra en sus piernecitas de flamenco.

Es la tercera vez que le peina, pero no le importa. Las caricias de seda de sus curtidas manos le reconfortan y le transportan a tiempos felices, añorados.

No corre la misma sangre en sus venas, no comparten genes familiares; pero la niña se siente parte de su estirpe, su descendiente más preciada. Aquella mujer, sin saberlo, en la demencia de su olvido, ha rescatado el alma huérfana de esa niña. Y aquella niña vuelve a recuperar el alma de su madre, que cayó hace años bajo las oscuras garras del asfalto.

Una mujer que reconoce a esa niña como su propia hija, ya crecida, cuando solo tenía ocho años. Y una niña, su pequeña vecina de barrio, que aprovecha los estragos del Alzheimer para colarse en su casa y volver a tener una madre.